
□

□

EL CARDENAL HENRI DE LUBAC, S.J. (1896-1991)

Xavier Tilliete

□

□

JEAN Guitton lo llamó una vez el «Newman» francés, pero de Lubac había superado ampliamente la muy avanzada edad a la que había llegado el gran oratoriano. Nacido en Cambrai el 20 de febrero de 1896, sólo tuvo ese lazo fortuito con la austera ciudad del Norte donde su padre era funcionario del Banco de Francia. Sin embargo nada impide ver ya aquí un presagio de su afinidad espiritual con el «cisne de Cambrai» (Fenelon). La estancia en Flandes no duró mucho. Enrique de Lubac pasó su infancia y juventud en Bourg-en-Bresse, tierra de su madre. Después en Lyon. La familia paterna era originaria de la región de Ardiche y Vivarais, en las faldas del Macizo Central. El apellido de Lubac, que desgraciadamente se ha extinguido con el cardenal, proviene del lenguaje montaños. El *ubac* es la vertiente sombría de los valles. En esta sombra crepuscular y fría se ha sumido el venerado teólogo al final doloroso de una dolorosa vida que parecía consumir hasta las heces un misterio de expiación y sufrimientos. Las purificaciones pasivas han dado la última mano a la existencia de un miembro ilustre de la Compañía de Jesús como ha sucedido también con el antiguo superior general, padre Arrupe, quien lo ha precedido unos meses antes en la tumba.

Quizá convenga alejarse un poco del recuerdo desgarrador de este gran anciano afásico, cuya angustia parecía en ocasiones patética a los visitantes del 62, avenue de Bréteuil, su última residencia en la casa de las Hermanitas de los Pobres, las cuales lo han cuidado y atendido de manera verdaderamente maravillosa. La longitud del tiempo no ha producido un vacío. Es cierto que todos sus amigos contemporáneos han muerto, con excepción del longevo padre Marcel Régner. Pero el padre de Lubac era tan acogedor, tan atento a las generaciones nuevas, que de hecho renovó constantemente sus amigos, sus discípulos de forma que no ha llegado a conocer el aislamiento afectivo. Se ha dicho de él que fue el teólogo de la amistad. En su forma de hacer teología, hay una fibra cordial, una vibración de simpatía que hace estremecer, con discreción, el

estudio y la escritura. Sucedió a veces que la amistad prevalecía sobre la teología. ¡Cuántas horas pasadas con el visitante desconocido, gastadas con el sablista, derrochadas con el estudiante que no sabe despedirse! Sin omitir una correspondencia muy numerosa, puntual, escrita con fina grafía temblorosa. Cartas a millares remitidas a los cuatro rincones del mundo. A una caridad que no conoce plazos ni restricciones hay que añadir una sensibilidad casi desmedida, encauzada por una estrecha austeridad religiosa. El padre de Lubac nos hizo comprender que las inteligencias más vastas, en el fondo, no son sino sensibilidades. Sin embargo no estaba dividido. Con un mismo afán y con prodigiosa rapidez leía, amontonaba y clasificaba apuntes, redactaba casi sin esfuerzo, interrumpía para rezar o abrir la puerta tanto al desconocido como al conocido. Junto a un tiempo aparentemente perdido se alzaba una obra inmensa. Ante ella, el padre André Blanchet, escritor de raza y letrado culto, se maravillaba de tanta producción y se preguntaba cuál podría ser el secreto. Una amplísima erudición asociada a la facilidad de la ejecución sin que se resintiera el trabajo. De Lubac lo atribuía a la memoria. Pero la memoria no lo explica todo. Hay que suponer una especie de facultad electrizante (que también poseía Danielou), la capacidad de ser sacudido en un instante y hacerse presente a la tarea. En von Balthasar llama más bien la atención la energía y la continuidad de la concentración. El padre de Lubac no nos ha descubierto su secreto cuya existencia él mismo negaba.

ESA obra inmensa, que coexiste con un empleo principesco del tiempo, resulta más milagrosa todavía si se piensa que proviene de una vida marcada con muchos sufrimientos y horas de impotencia. Nunca hemos conocido a un padre de Lubac que gozase de buena salud. Solía estar enfermo. Padecía de dolores de oídos, de jaquecas y neuralgias. Daba pena ver sus delicados rasgos, crispados. No por ello despedía rápidamente al visitante molesto. Al contrario. Recobraba el ánimo, olvidaba su dolencia, se mostraba muy atento con su interlocutor aunque luego volviera a recaer en su entorpecimiento físico. Días largos de impotencia entrecortados por despertares rápidos, de resurrección sin causa aparente, estimulado tal vez por una conversación o una ocurrencia. Entonces el padre de Lubac, arropado, encorvado, eterno convaleciente, como movido por un resorte, se inclinaba sobre sus papeles o su vieja máquina de escribir, de cinta gastada, que él hacía trepidar nerviosamente. Así, por una especie de prodigio renovado, a lo largo de los años, con una serie de interrupciones y de empujones, se iba edificando la «obra orgánica de una vida» como la llamara el compañero de siempre Hans Urs von Balthasar. Es la obra de una vida, larga y al final sedentaria, cuya razón de ser ha sido el trabajo junto con la amistad. Y es orgánica, a pesar de las apariencias de dispersión y polifacetismo, debido a las numerosas tareas del profesor, del editor, del historiador, del biógrafo... Esta

organiciad configura, ya desde el principio, la unidad del pensamiento, centrado en unos pocos problemas trascendentales como lo sobrenatural y la tradición, vivificada constantemente por la contemplación del Misterio de Cristo y del misterio de la Iglesia, *dimidium Christi vivi*. Es «epigenética» en el sentido de que no es sistemática y planificada desde el comienzo. El juego de las circunstancias contribuye en definitiva al crecimiento de un conjunto articulado en torno a algunas ideas-fuerza y con una rara intensidad persuasiva.

Había un gran erudito en el cardenal de Lubac. Ha dado no pocas pruebas de ello aunque estuviese limitado por la falta de conocimiento de lenguas extranjeras, suplida en parte por una adivinadora intuición. Esta carencia le impidió dedicarse a las grandes tareas de traducción y comentarios de textos con las que soñaba. Como no tenía la más mínima ambición personal —la verdadera modestia de las grandes mentes— no hubiera deseado sino dar a conocer el pensamiento de otros: ponerse al servicio de unos y otros como lo ha hecho von Balthasar. Pero el monolingüismo francés, que nos ha privado de un traductor, ha salvado a un autor. El padre de Lubac tenía fibra de polemista, lo cual no se lo han perdonado sus adversarios teológicos, algunos de ellos en sus mismas filas.

TAL como ha quedado la obra de De Lubac es un monumento impresionante. Una de las obras mayores de la teología de nuestro siglo, obra que rompe moldes y abre brechas. El padre de Lubac ha practicado sistemáticamente el retorno a las fuentes y a la tradición, inventario exuberante de las riquezas espirituales de la Iglesia. Ha sido incansablemente el escriba diligente que saca de su tesoro *nova et vetera*. El éxito del libro de primicias, *Catolicismo*, se debió al descubrimiento de tanto oro escondido. Tampoco se olvidaba el padre de Lubac de los destinatarios, es decir, los hombres de hoy, a los que quería salvar del ateísmo y de sus dos horribles anamorfosis, el nazismo neopagano y el comunismo. Nutrido en la médula de la filosofía blondeliana, se esforzaba por desentrañar en el hombre la inapagable sed de Dios. La famosa colección de artículos *El drama del humanismo ateo* sigue siendo un hito y punto de obligada referencia. Es el más «comprometido» de sus escritos. Al lado de sus importantes estudios de historia de la teología, *Sobrenatural*, *Corpus Mysticum*, *Historia y Espíritu*, *Meditación sobre la Iglesia*, *Exégesis Medieval* (4 volúmenes), y de las colecciones *Sources chrétiennes* y *Théologie*, de Lubac ha procurado también dirigirse al lector cristiano medio, con textos que son verdaderas alhajas de fe y de espiritualidad. *Paradoxes*, *Nouveaux Paradoxes*, *La Lumière du Christ*, *Affrontements mystiques*, *Sur les chemins de Dieu...* El sabio y el sacerdote estaban en estos escritos profundamente unidos. La obra se orientaba al apostolado y a la conversión, es apologetica de arriba abajo. Cuando le ofrecieron un

Festschrift en tres tomos, con ocasión de sus 65 años, no encontraron título mejor que *L'home devant Dieu, El hombre ante Dios*. Es éste el arranque de toda su reflexión, el eje de una obra densa y multiforme.

LA vida del cardenal de Lubac, estudiosa, recogida, encerrada en una modesta habitación de varias residencias de la Compañía de Jesús, exteriormente sin acontecimientos llamativos, ha conocido altibajos como consecuencia de diversas pruebas que su sensibilidad hizo agobiantes. La cumbre de todas ellas fue la época conciliar y el inmediato postconcilio. Vino a ser como el desquite de las dificultades anteriores. Sin embargo, después, el rumbo que tomaron muchos teólogos y clérigos, más allá de la letra del Concilio aunque invocasen su «espíritu», lo dejó desconcertado y alarmado. En privado no podía por menos de criticar ciertas actitudes y denunciar una tendencia que le parecía peligrosa y ajena a la tradición. Trataba sin miramiento alguno aquella evolución que él consideraba infiel a la enseñanza perenne, aunque nunca se refugió en la actitud de un conservadurismo terco y obtuso. Aun dentro de la propia Compañía temía que las cosas salieran de sus cauces. Sería poco honesto ignorar este disentimiento. Sería mentiroso subrayarlo demasiado. Esta ha sido también la preocupación final de otros teólogos de gran categoría como Danielou y von Balthasar. Sin embargo, el amor a la Iglesia y a la Compañía prevaleció por encima de todo. En todas las circunstancias el padre de Lubac se ha afianzado como ejemplo y como maestro. Basta leer su *Memoria con motivo de mis escritos*, destinada a una publicación póstuma pero publicada en vida, para convencerse de la rectitud, lucidez y lealtad de este gran afectivo, que sufrió más de la cuenta y *plus que de raison*. Tenía en sus venas la vocación de maestro y ejercía de hecho un cierto magisterio sobre los jóvenes jesuitas. De ahí también su pesar, que llegaba hasta la pesadilla, de haber sido durante años sospechoso y objeto de duras medidas. Después del feliz período del Concilio reanudó su magisterio con gran entusiasmo. A veces tuvo la impresión, exagerada, de ser descartado como *persona non grata*. Su vejez, adornada por la púrpura cardenalicia, no estuvo ni mucho menos libre del cáliz amargo.

Pero nada podía frenar o impedir su trabajo. La producción estrictamente teológica se volvió más escasa. Se amplió en cambio la producción histórico-cristiana con el precioso libro sobre *Pico della Mirandola* y el vastísimo panorama de *La Posterité spirituelle de Joachim de Fiore*. Había sido profesor de Historia de las Religiones en las facultades católicas de Lyon y no lo olvidaba. Había publicado ya algunos libros sobre el budismo así como un profundo estudio sobre Proudhon. Incluía ahora en su perspectiva a su amigo Teilhard de Chardin, profeta de los tiempos modernos, y lo encauzaba y restablecía en su quicio. La separación de amigos queridos le ofrecía la ocasión de rendirles un homenaje. Como el

□ **El cardenal Henri de Lubac, S.J. (1896-1991)** □

viejo Tobías sepultaba piadosamente a los muertos. Se hizo cuidadoso editor de correspondencias.

A medida que encanecía, los achaques de salud menudeaban y su entorno iba quedando despoblado. Pero el padre de Lubac veía los acontecimientos desde más lejos y con mayor sosiego, aunque sin serenarse nunca. Jamás había buscado los honores. Le vinieron sin que él se lo propusiese: miembro del Instituto (Academia de Ciencias Morales y Políticas), perito del Concilio, doctor por varias universidades, miembro de la Pontificia Comisión Teológica, cardenal en 1983. La amistad del Santo Padre, la estima y hasta la veneración que le rodeaban, la atención de su secretario y de fieles amigos suavizaba la inevitabilidad del ocaso. Con todo no podía entregarse de lleno al *Nunc dimittis*: la secularización muy difundida y la desorientación de las órdenes religiosas más arraigadas no le dejaban vivir en paz. No se trataba sólo de *aegri somnia*, sino de una solicitud constante por el porvenir próximo de la Iglesia querida y servida. Dios tenía además reservada otra cruz para el anciano cardenal: su cruz, hecha de silencio, de incomunicabilidad y de despojo. Con insuperable cariño lo acogieron las Hermanitas de los Pobres. La palabra de la beata Edith Stein parecía acuñada también para el padre de Lubac: lo que nos ayuda no es la consumación humana sino la participación en la Pasión de Cristo. Mi deseo es participar...